

Otro criterio en esta misma línea es tener en cuenta la finalidad (*skopos*) del autor. Las alusiones a la finalidad que se propone S. Pablo son frecuentes a lo largo del *Comentario*, como por ejemplo, cuando analiza el pasaje final de Rom 13. Este criterio se complementa con el siguiente: «El exegeta procura conocer y precisar las circunstancias externas e históricas que ayuden a comprender la finalidad de Pablo». Y otro tanto se puede decir de los principios que hacen referencia al estilo literario y a las dificultades lingüísticas del texto paulino.

También resultan muy esclarecedoras las páginas del capítulo III, destinadas a exponer la obra salvífica de Cristo. En ellas, aunque se distinga bien el fondo de la tesis de una cristología tipo *Logos-anthropos* que es característica de la Escuela de Antioquía, sin embargo, Teodoreto no se excede en la valoración de la humanidad de Cristo, como haría Nestorio, sino que sigue en este punto los pasos del Crisóstomo, dando relevancia a la humanidad de Cristo, pero sin que esto altere el sentido de su divinidad. Descubre acertadamente el A. la pretensión de Teodoreto de crear un clima de conciliación con los alejandrinos y de sostener tesis que preludian la cristología calcedonense. En síntesis, el Obispo de Ciro presenta la naturaleza humana del Salvador como un instrumento de la divinidad del Hijo en el desarrollo del plan de salvación.

En fin, otras muchas relexiones podríamos hacer sobre el contenido de esta importante monografía, pero para no alargar más esta recensión debemos poner punto final; no sin antes declarar que la lectura de este libro es enriquecedora, no sólo para los especialistas en la teología de los Padres de la Iglesia, sino también para los cultivadores de la exégesis bíblica y los estudiosos de la teología sistemática.

D. RAMOS-LISSÓN

Léon E. HALKIN, *Erasme. Parmi nous*, Fayard, Paris 1988, 500 p., 14 x 22.

Etienne Gilson escribió que, para poder definir la Edad Media, habría que atreverse a definir primero a Eloisa, después a Petrarca y después a Erasmo. Gilson presentaba esto como un imposible para desautorizar a quienes han intentado dar al calificativo de "medieval" un valor parcial y, en muchos casos, peyorativo. Las palabras de Gilson nos sirven ahora para introducir esta recensión, recordando que la figura de Erasmo no puede ser, tampoco, reducida a una corta definición, sin riesgo de falsear su verdad histórica.

El autor del libro que reseñamos es, sin duda, una autoridad en la materia. Léon-E. Halkin es profesor de Historia en la Universidad de Lieja y Presidente de la Federación Internacional del Renacimiento. Desde que en 1941 publicó su *Apologie pour l'humanisme chrétien*, no ha dejado de investigar y publicar, acerca del humanismo, del renacimiento y, en concreto del erasmismo. Como él mismo afirma en el Prólogo, este "*Erasme parmi nous*, je l'ai porté longtemps en moi, le méditant avec passion et le reprenant sans effort. Aucune étude ne m'a retenu davantage et ne m'a été plus chère". Se trata, pues, de una obra de madurez, en la que un especialista ha pretendido sintetizar sus conocimientos sobre la vida y la doctrina erasmiana.

Contemporáneo de Colón y de Savonarola, de Lutero y de Rebelais, Erasmo fue, a la vez, un hijo de la Edad Media y uno de los fundadores del mundo moderno. Holandés, nacido en Rotterdam en 1469, murió en Basilea en 1536. Después de haber vivido también en París, en Lovaina y Bruselas, en Londres y Cambridge, en Roma y Venecia, se titulaba a sí mismo "ciudadano del mundo". Fue consejero del Emperador Carlos; estuvo relacionado con las principales universidades y círculos humanistas de Italia; conoció la espiritualidad y las inquietudes de los reformadores ingleses y alemanes; fue amigo de obispos y cardenales, de príncipes y embajadores, teólogos, filósofos y exegetas. Sin duda, Erasmo de Rotterdam es un testigo de excepción que nos ayuda a comprender mejor la gran crisis que vivió Europa en el tránsito del siglo XV al XVI.

La Edición príncipe de la obra erasmiana es *Desiderii Erasmi Roterodami opera omnia*, Ed. J. Clericus, 10 tomos en 11 volúmenes in-fol., Leyden, 1703-1706. Desde 1969 está en curso la publicación de una nueva *Opera omnia Desiderii Erasmi Roterodami*, ed. in-4. A lo largo de los 26 capítulos que componen el libro, Halkin se esfuerza por presentarnos a Erasmo desde dentro de su pensamiento y de sus escritos. Pretende evitar de esta forma, tanto la apología como la detracción. Las citas abundan y, en muchos casos, las opiniones y actuaciones del humanista holandés, se explican sólo con sus escritos. Gracias a este modo de presentar el pensamiento erasmiano, el lector puede recorrer las diversas etapas de su apretada vida al ritmo de la obra escrita. Esta biografía es casi un florilegio de textos de Erasmo y de sus contemporáneos. Se obtiene al final una visión completa del personaje.

La personalidad de Erasmo es compleja. Fue un humanista cristiano, fiel en lo fundamental a la Iglesia y al dogma, pero enormemente crítico y siempre descontento. Personalmente, parece que fue un hombre piadoso y sinceramente preocupado por la reforma de las costumbres y de la vida

cristiana; pero su talante irónico y mordaz hasta el extremo, le alejaba de la figura del pastor de almas. Se reconoce en él también a un trabajador incansable, de vida sencilla, sobria e intachable; pero a veces, al erudito vanidoso y susceptible. Siempre alerta a las críticas y dispuesto a la polémica y al combate. En conjunto, se encuentran en él grandes virtudes y dotes, pero aparecen como descompensadas.

Erasmus, con indudable recta intención, pretendía eliminar los errores y los defectos de la Iglesia. Quería acabar con la hipocresía y con ciertas manifestaciones de la piedad popular de su tiempo, demasiado cercanas a la superstición. Pero le faltaron prudencia, sentido de la oportunidad y equilibrio. Erasmo quiso ser un reformador sin ser un pastor de almas. Con su actitud de crítica abierta a la jerarquía, con sus ingeniosos sarcasmos contra los religiosos y los teólogos de París y Lovaina, Erasmo señalaba defectos reales, sin duda, pero lo hacía de un modo que esterilizaba sus esfuerzos. Las verdaderas reformas en la historia de la Iglesia han venido de la mano de los santos, no de las agudezas de los críticos.

Desde el año 1500, con la primera publicación de sus *Adagios*, la presencia de Erasmo en el escenario intelectual de Europa, no dejará de aumentar. A lo largo de toda su vida fue coherente con el amplio programa que se había marcado: Renovar el estudio de las letras clásicas (griego, latín y hebreo), para seguir con una mejor comprensión de la Sagrada Escritura. Defender la paz entre las naciones cristianas. Renovar el estudio de la teología y la piedad en la Iglesia, según los criterios de la erasmiana "Filosofía de Cristo". Estaba dotado de un ingenio fuera de lo común y una rapidez mental extraordinaria. En efecto, sus escritos polémicos, sus críticas y sus juicios eran temibles. Con la pluma en la mano, Erasmo se sabía invencible. Se mostró muy valiente unas veces; débil e irresoluto otras. Fue fiel a su programa hasta el final, a pesar de ver como fracasaban muchos de sus proyectos.

Pueden distinguirse con bastante claridad tres grandes etapas en la vida del humanista. La primera de ellas, la más larga, comienza con su salida del monasterio de Steyn (1493), como secretario del obispo de Cambrai. Y culmina con la publicación del *Nuevo Testamento* en versión greco-latina (1516), que alcanzó un éxito extraordinario. Durante esta veintena de años de formación y de primeros trabajos, Erasmo forjó su propio programa intelectual. En 1500 publicó los *Adagios* por primera vez. En 1501, *Los oficios* de Cicerón, con lo que inauguró su carrera de filólogo y de editor de textos clásicos. En 1504 dedicó el "Panegírico" a Felipe el Hermoso y, en el mismo año publicó el *Manual del caballero cristiano*. De 1508 a 1509 descubrió Italia. Viajó por Turín, Bolonia, Ve-

necia y Roma. En 1511 publicó el *Elogio de la locura*, escrito a su vuelta de Italia y dedicado a Tomás Moro, en parte por amistad, y en parte, por buscar la protección del prestigioso humanista inglés, porque Erasmo sabía que esta obra iba a ser muy contestada. En 1517 publicó *Las lamentaciones de la Paz* y al año siguiente *El elogio del matrimonio*. Al final de este período, satisfecho por el gran éxito de su versión del *Nuevo Testamento*, Erasmo se mostraba eufórico. Habla y escribe una “Nueva edad de oro” que se avecina, en la que reinarían la paz, el espíritu cristiano, el amor por las bellas letras. Fue también entonces cuando su prestigio alcanzó el apogeo. Consultado y solicitado por todos: el Papa y el Emperador, los reyes, las Universidades, todos quieren tener a Erasmo. Es entonces cuando comienza su segunda etapa.

En 1519 Martín Lutero y la revolución protestante obligaron a la cristiandad a dar un cambio extraordinario. El peligro del cisma, la división y la guerra se extendieron por la Europa norteaipina. Toda la intelectualidad europea tomó posiciones. Fue en medio de la tormenta, cuando Erasmo pasó de ser admirado por todos, a ser un enemigo o, al menos, un elemento sospechoso e incomprendido. La clave para entender el desarrollo del drama erasmiano es, precisamente, Lutero. El reformador alemán obligó a definir las posturas con claridad. Y el eterno irenismo del humanista holandés, su individualismo y su criticismo se hicieron inviables. La situación se extremó, las posturas se radicalizaron. La actitud erasmiana del no compromisos, que en estos momentos parece afirmarse más aun, se volvió inexplicable para la mayoría. De entre sus antiguos amigos, unos pasaron en estos años al bando de la reforma luterana (Melancthon, Ulrich, Zwinglio); otros murieron mártires por la fe católica (Tomás Moro, Juan Fisher). Erasmo quiso seguir siendo un católico leal, pero sin compromiso. Al final de este período turbulento, en 1522, Erasmo abandona los Países Bajos para no volver más. Se instala en Basilea y desde allí emprende la tercera y última etapa de su vida.

En 1524 con la publicación de “El libre arbitrio” dirigido contra Lutero, se produjo la ruptura definitiva con el reformador alemán, que muy pronto será cismático. Desde entonces, hasta el final de su vida, Erasmo vivió retirado en Basilea, en Friburgo (1529-1535), y finalmente otra vez en Basilea, hasta su muerte la noche del 11 de julio de 1536. Durante esta última década. Erasmo se sumergió en sus escritos y sus ediciones. En 1524 comienza la edición de los Padres de la Iglesia. Y continua escribiendo y publicando: *La institución del matrimonio cristiano* (1526), *El Ciceroniano* (1528), *La educación de los hijos* (1529), *La deseable concordia en la Iglesia* (1533) y, por último, *El predicador* (1535).

Más aún que en sus tratados, es en su amplísima correspondencia —tan rica como la de Voltaire— en donde mejor puede comprenderse el espíritu que lo animaba. En su epistolario, que él mismo publicaba cuidadosamente, se puede reconocer su erudición y su fantasía, su sátira y su ternura. El A. remite, para citar el epistolario erasmiano, a la edición crítica de P. S. Allen, *Opus epistolarum Des. Erasmi Roterodami*, 11 vol., Oxford 1906-1947. Y emplea la traducción francesa de esta edición, publicada bajo la dirección de A. Gerlo, *La correspondance d'Erasme*, 11 vol., Bruselas 1967-1982.

Finalmente hay que señalar el valor decisivo que tuvo para de su popularidad, el desarrollo de la imprenta. El mismo la calificó de “un instrumento casi divino”. Gracias al eficaz trabajo de sus amigos impresores (Aldo Manucio en Venecia, Juan Froben en Basilea, que le imprimió sus grandes tratados y su Patrología) los escritos de Erasmo se extendieron por Europa con una facilidad que hasta entonces era insospechada.

El volumen va acompañado de una tabla cronológica de su vida y sus escritos. Un amplio aparato de citas (más de 40 páginas) en donde el A. presenta las fuentes y los estudios sobre las que ha elaborado su trabajo, y en donde se sostienen sus afirmaciones. Y finalmente, una orientación bibliográfica casi exhaustiva: repertorios, ediciones latinas del corpus erasmiano, traducciones francesas y una bibliografía sumaria de las principales monografías y estudios sobre Erasmo.

M. LLUCH-BAIXAULI

Xavier LEON-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan. Jn 1-4*, v. I, («Biblioteca de Estudios Bíblicos»), Sígueme, Salamanca 1989, 348 pp., 21 x 13.

Al año siguiente de aparecer en francés, esta obra es publicada en español. Lo cual es de elogiar. Se trata del volumen primero del comentario a todo el IV Evangelio que nuestro autor intenta llevar a cabo. Contiene los cuatro primeros capítulos del texto joanneo. Dedicar un amplio espacio al estudio del Prólogo, para pasar a lo que él llama Prólogo narrativo, esto es, Jn 1, 19-2, 12. Dedicar un apartado a Jn 2, 13-22, donde se habla de Jesús como Templo de Dios. Luego trata de la fe basada en signos y en la palabra (Jn 2, 23-4, 54). En realidad sólo llega en este apartado hasta el final de Jn 3, pues en el apartado siguiente trata de Jn 4, 1-54 con el título «De Judea a Galilea». Al final, además de citar la bibliografía